

El peligro crecía por momentos. Los escuadrones mejicanos empezaban á dirigirse á la tercera cortadura, con el objeto de acabar en ella con los que se habian salvado en la segunda. Hernan Cortés, que sostenia la lucha en el punto que mediaba entre ambas zanjas, en el sitio fronterero á los actuales jardines de San Fernando, se lanzó sobre ellos, en union de Sandoval, Francisco de Morla y Cristóbal de Olid, para evitar que estorbasen la retirada, luchando para abrir paso á los infantes que habian logrado salvarse en el segundo foso. El combate se hizo terrible, y los caballeros, auxiliando á la infantería, se iban retirando, acosados de cerca por el enemigo. Hernan Cortés, lo mismo que Olid y que Sandoval, volvieron á pasar á nado el tercer puente, continuando su marcha con los infantes que habian dejado en la tierra firme. Francisco de Morla, que era uno de los primeros jinetes del ejército y hombre de extraordinario valor, se detuvo sin pasar la zanja, combatiendo para detener al enemigo. Su caballeroso comportamiento le fué funesto. Cercado por todas partes de contrarios, cayó muerto, acribillado de heridas, despues de haber luchado como un héroe.

Durante el tiempo que Cortés y sus capitanes habian combatido en la calzada, auxiliando á los soldados que se retiraban, la matanza habia continuado en el segundo foso. En los momentos en que el general español se ocupaba, salvados ya los puentes, en reunir á sus sol-

agua, y de la una parte la laguna y de la otra azuteas, y por tierra les tiraban tanta flecha y vara y piedra, y con lanzas muy largas que habian hecho de las espadas que nos tomaron, como partesanas, mataban los caballos con ellas.»
—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista.*

dados, los mejicanos acababan de matar á los pocos contrarios que aun quedaban con vida en el foso, y seguian el alcance de Pedro de Alvarado y de la gente que con él iba, descargando sobre ellos una granizada de piedras y de flechas. Los soldados fugitivos, al encontrarse con la tercera cortadura se arrojaron al agua, y Pedro de Alvarado, que casi se veia en las manos de los que le seguian, saltó la ancha zanja con maravillosa agilidad, apoyado en su lanza, causando un profundo asombro en los aztecas, que apenas podian dar crédito á lo que acababan de ver. Sorprendidos de un hecho que juzgaban sobrenatural, exclamaron, mirándose unos á otros: «Es el *tonatiuh*», esto es, «el hijo del sol.» Fué un salto extraordinario, que todos los contemporáneos consideraron como un prodigio de agilidad, y cuya hazaña dió al sitio en que aconteció, el nombre de *Salto de Alvarado*, que aun conserva, y con el cual es conocida toda la calle de aquel rumbo, desde los jardines de San Fernando hasta la plazuela de Buena Vista (1).

Es de sentirse que ninguno de los conquistadores haya

(1) La zanja se hallaba exactamente en donde está el primer Tivoli, poco despues de pasados los jardincitos de San Fernando, extendiéndose hasta la acera de enfrente. Cuando yo fui á Méjico, aun no se hacia la casa en que se halla el referido Tivoli, y alcancé á ver las señales que indicaban el antiguo canal. Pocos años despues vi sacar á uno de los trabajadores que se ocupaban de hacer una cañería á pocos palmos del mismo sitio, una cabeza de persona humana, perfectamente conservada, en estado de petrificación, que indicaba ser de alguno de los conquistadores. La cara era ancha y agradable; rubia la barba y el pelo, y en la parte del pescuezo tenia atravesado un pedazo de lanza. Sin duda debieron cortarle la cabeza al caer herido. Yo le supliqué al individuo que la habia encontrado, que la llevase á mi casa, y que yo practicaria las diligencias necesarias para quedarme con ella; pero aunque me prometió obsequiar mi deseo, no lo hizo. Ignoro lo que fué de ella.

expresado la anchura que tenia la zanja; pero no puede dudarse que excedia al salto que puede dar un hombre apoyado en una lanza, cuando Bernal Diaz, que la pasó entonces y la vió despacio algun tiempo despues, tiene por imposible que la salvase, aunque confiesa que era muy ágil (1). Lo extraordinario del hecho se revela no menos en haber tratado de perpetuar la hazaña, dándole al sitio de la escena el nombre del valiente caballero que allí figuró. Satisfactorio debió ser para el carácter caballeresco de Alvarado, ambicioso de gloria, ver esa honrosa memoria que de él se hacia, y que no la hubiera admitido sin duda, á no ser cierto el suceso (2).

La mayor parte de los soldados, que desoyendo los consejos de Cortés cargaron mas oro del conveniente para poderse defender, murieron oprimidos por el peso del codiciado metal, bajo las aguas de los ensangrentados fosos. Otros, despertando la ambicion de sus contrarios, se veian perseguidos sin cesar, y asiéndoles de las cadenas de oro que llevaban al cuello, eran conducidos á las canoas, y en ellas á las jaulas de madera, destinándolos para los horribles altares de las sanguinarias deidades, donde los sacerdotes aztecas les arrancarían el corazon (3).

(1) «La abertura muy ancha y alta, que no la podria saltar por muy mas suelto que era... Y platicabamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razon ni soltura de un hombre que tal saltase.»—Bernal Diaz.

(2) «Fué tan extremado de grande el salto, que á muchos hombres que han visto aquello, he oido decir que parece cosa imposible haberlo podido saltar ningun hombre humano. En fin, él lo saltó é ganó por ello la vida, é perdiéronla muchos que atrás quedaban.»—Oviedo. *Historia de las Indias*.

(3) «E los que habian ido con Narvaez arrojáronse en la sala, é cargáronse de aquel oro é plata cuanto pudieron; pero los menos lo gozaron, porque la

Los mejicanos siguieron con empeño el alcance de los españoles hasta poco mas allá del tercer puente, donde se halla la actual iglesia de San Cosme; pero el deseo de apoderarse de los despojos que en la calzada y particularmente cerca de los fosos quedaban sembrados, les detuvo, y muy pocos continuaron picándoles la retaguardia, tirándoles algunas flechas, pues casi todos se ocuparon en coger las riquezas esparcidas por el suelo. Si hubieran seguido el alcance con el furor que habian desplegado hasta arrojarlos de la ciudad, es de creerse que Cortés y todos sus soldados hubieran perecido, segun la triste situacion en que los destrozados restos del ejército se encontraban. Por fortuna de los españoles, la persecucion tenaz cesó, y heridos, cansados y desfallecidos, pudieron continuar despacio su retirada, caminando mas lentamente, y ayudando los que tenian menos heridas á los que habian recibido muchas y mas graves (1).

Era un cuadro desolador el que presentaban aquellos destrozados restos de un ejército que, catorce dias antes, habia entrado en la capital lleno de risueñas esperanzas de felicidad. Aquí marchaban dos soldados, desfallecidos

carga no los dejaba pelear, é los indios los tomaban vivos cargados; é á otros llevaban arrastrando, é á otros mataban allí. E así no se salvaron sino los desocupados é que iban en la delantera.»—Oviedo. *Historia de las Indias*.

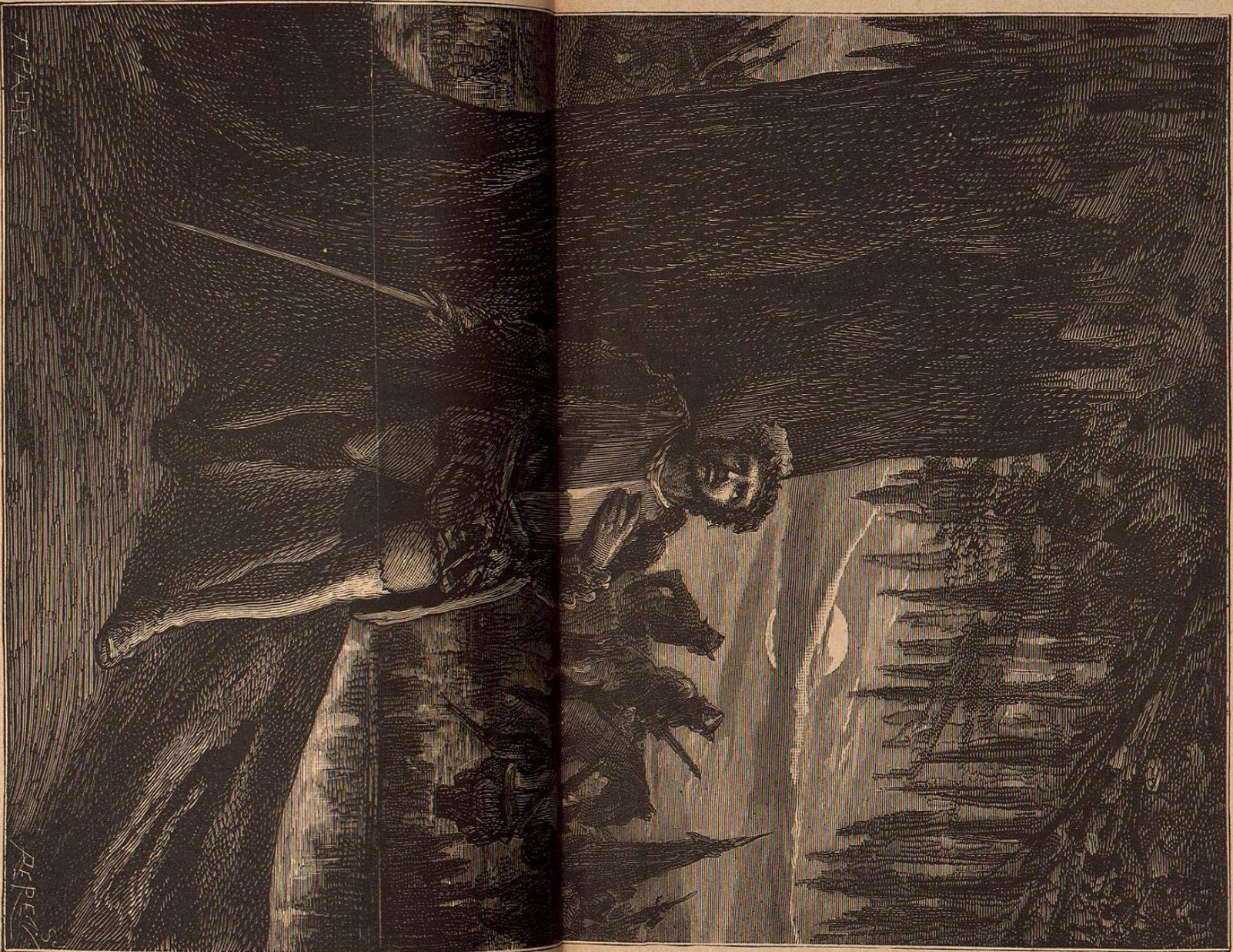
(1) «Fué Dios servido de que los mejicanos se ocupasen en recoger los despojos de los muertos, y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagaje, y de sacar los muertos de aquel acequia, y á los caballos y otras bestias. Y por esto no siguieron el alcance, y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos.»—Sahagun. *Historia de la Nueva España*, MS.

por la pérdida de sangre, apoyándose en sus lanzas para poder caminar; allí se detenía uno á oprimir sus heridas para calmar el dolor que le causaban; mas atrás algunos jinetes, á pié, destrozados los cascos, cubiertos de lodo y de sangre, conduciendo de la rienda á sus cansados corceles, que habian recibido terribles golpes en el combate. Gonzalo de Sandoval y Cristóbal de Olid, que se habian detenido en el camino con objeto de favorecer á sus compañeros, vieron llegar á Pedro de Alvarado á pié, con una lanza en la mano, lleno de heridas y cubierto de sangre, con otros siete soldados españoles y ocho tlaxcaltecas, no menos heridos que él y empapados sus vestidos con el agua de los fosos que habian cruzado á nado.

No siendo ya molestados en su retirada por los aztecas, se dirigieron hácia una aldea inmediata, llamada Popotla, rodeada de maizales y de la vistosa planta del maguey.

Hernán Cortés bajó de su fatigado caballo al llegar á esta aldea, y se sentó en una piedra, bajo de un árbol gigantesco, de un majestuoso ahuehuete que se levantaba lozano junto á un pequeño *teocalli*, y que hoy lleva el nombre de «*Arbol de la Noche Triste*» (1). Empezaba en

(1) Existe aun el árbol bajo el cual se sentó Cortés. Es un ahuehuete que ha perdido su antigua belleza por casos accidentales. El año de 1872 se incendió á causa de haber dejado sin apagar, junto á su tronco, el fuego en que habian guisado su merienda unos que fueron á pasar un dia de campo en Popotla. El incendio se apagó con dificultad y perdiendo el árbol gran parte de sus ramas. El gobierno de D. Benito Juárez dió la acertada medida de que se le rodease de un enverjado de hierro, y es de esperarse que ese monumento histórico se conserve vivo por muchísimos años. Donde se alzaba el *teocalli* hay una iglesita católica.



HERNÁN CORTÉS EN LA NOCHE TRISTE

aquellos momentos á despuntar la aurora. Hernan Cortés, solo, oculto á la vista de sus compañeros por la sombra que proyectaba el frondoso ahuehuete que extendia sus ramas formando una espaciosa bóveda, dirigia tristemente su mirada á los miserables restos de su desbaratado ejército, que pasaba lentamente por delante del sitio en que se hallaba. Nada mas desgarrador para el hombre que habia acariciado la idea de labrar la felicidad de sus leales capitanes y soldados, que aquel doloroso espectáculo, contraste horrible de sus lisonjeras esperanzas. La infantería, pudiendo apenas tenerse en pié, de fatigada y herida, caminaba apoyándose en sus espadas y lanzas; una parte de ella habia perdido sus rodelas, y los escopeteros marchaban sin armas, porque se habian visto precisados á arrojar sus arcabuces en el foso para poderlos pasar á nado. La mayor parte de la caballería iba desmontada y confundida entre los infantes, pues sus corceles habian perecido en la calzada y en las cortaduras. Los caballeros que lograron salvar sus caballos, llevaban rotas sus cimeras, abolladas sus cotas y despedazados sus yelmos. Artillería, municiones, ballestas, escopetas, mas de la mitad de los corceles, los pendones, los bagajes, todo lo que constituye la fuerza de los ejércitos y que le habia dado superioridad sobre el enemigo, quedaba en poder de éste ó sepultado en la laguna. Hernan Cortés, profundamente conmovido, buscaba con ávida mirada entre los grupos de soldados que pasaban, á varios de sus mas fieles y queridos amigos; pero las tropas cruzaban la aldea, y los amigos que esperaba no parecian. En vano era su esperar. Nunca les volveria á ver. Sus cadáveres se encontraban en los fosos y en la calzada. El